

Estanislao del Campo

## Fausto

**Poema original:**

1

En un overo rosao,  
Flete nuevo y parejito,  
Caía al bajo, al trotecito,  
Y lindamente sentao,  
Un paisano del Bragao,  
De apelativo Laguna:  
Mozo jinetazo ¡ahijuna!,  
Como creo que no hay otro,  
Capaz de llevar un potro  
A sofrenarlo en la luna.

¡Ah criollo! si parecía  
Pegao en el animal,  
Que aunque era medio bagual,  
A la rienda obedecía  
De suerte, que se creería  
Ser no sólo arrocinao,  
Sino también del recao  
De alguna moza pueblera.  
¡Ah Cristo! ¡quién lo tuviera!...  
¡Lindo el overo rosao!

Como que era escarciador,  
Vivaracho y coscojero,  
Le iba sonando al overo  
La plata que era un primor;  
Pues eran plata el fiador,  
Pretal, espuelas, virolas  
Y en las cabezadas solas  
Traiba el hombre un Potosí:  
¡Qué!... Si traía, para mí,  
Hasta de plata las bolas.

En fin: -como iba a contar,  
Laguna al río llegó,

Contra una tosca se apió  
Y empezó a desensillar.  
En esto, entró a orejear  
Y a resollar el overo,  
Y jué que vido un sombrero  
Que del viento se volaba  
De entre una ropa, que estaba  
Más allá, contra un apero.

Dió güelta y dijo el paisano:  
-¡Vaya «Záfiro»! ¿qué es eso?  
Y le acarició el pescuezo  
Con la palma de la mano.  
Un relincho soberano  
Pegó el overo que vía,  
A un paisano que salía  
Del agua, en un colorao,  
Que al mesmo overo rosao  
Nada le desmerecía.

Cuando el flete relinchó,  
Media güelta dió Laguna,  
Y ya pegó el grito: -¡ahijuna!  
¿No es el Pollo?  
-Pollo, no,  
Ese tiempo se pasó.  
(Contestó el otro paisano),  
Ya soy jaca vieja, hermano,  
Con las púas como anzuelo,  
Y a quien ya le niega el suelo  
Hasta el más remoto grano.

Se apió el Pollo y se pegaron  
Tal abrazo con Laguna,  
Que sus dos almas en una  
Acaso se misturaron.

Cuando se desenredaron,  
Después de haber lagrimiao  
El overito rosao  
Una oreja se rascaba  
Visto que la refregaba  
En la clin del colorao.

-Velay, tienda el cojinillo  
Don Laguna, sientesé

Y un ratito aguardemé  
Mientras maneo el potrillo:  
Vaya armando un cigarrillo,  
Si es que el vicio no ha olvidao,  
Ahí tiene contra el recaó  
Cuchillo, papel y un naco:  
Yo siempre pico el tabaco  
Por no pitarlo aventao.

-Vaya amigo, le haré gasto...  
-¿No quiere maniar su overo?  
-Dejeló a mi parejero  
Que es como mata de pasto.  
Ya una vez, cuando el abasto,  
Mi cuñao se desmayó;  
A los tres días volvió  
Del insulto, y crea amigo,  
Peligra lo que le digo:  
El flete ni se movió.

- ¡ Bien haiga gaucho embustero!  
¿ Sabe que no me esperaba  
Que soltase una guayaba  
De ese tamaño, aparceró?  
Ya colijo que su overo  
Está tan bien enseñao,  
Que si en vez de desmayao  
El otro hubiera estao muerto,  
El fin del mundo, por cierto,  
Me lo encuentra allí parao.

-Vean como le buscó  
La güelta... ¡bien haiga el Pollo!  
Siempre larga todo el rollo  
De su lazo...  
¡Y cómo no!  
¿O se ha figurao que yo  
Asina nomás las trago?  
¡Hágase cargo!...  
-Ya me hago...

-Prieste el juego.  
-Tómelo.  
Y aura le pregunto yo  
¿Qué anda haciendo en este pago?  
-Hace como una semana

Que he bajao a la ciudá,  
Pues tengo necesidá  
De ver si cobro una lana,  
Pero me andan con mañana  
Y no hay plata, y venga luego.  
Hoy no más cuasi le pego  
En las aspas con la argolla  
A un gringo, que aunque es de embrolla  
Ya le he maliciao el juego.

-Con el cuento de la guerra  
Andan matreros los cobres,  
Vamos a morir de pobres  
Los paisanos de esta tierra.-  
Yo cuasi he ganao la sierra  
De puro desesperao...  
Yo me encuentro tan cortao  
Que a veces se me hace cierto  
Que hasta ando jediendo a muerto...

-Pues yo me hallo hasta empeñado.  
- ¡Vaya un lamentarse! ¡ahijuna!...  
Y eso es de vicio, aparzero:  
A usted lo ha hecho su ternero  
La vaca de la fortuna.  
Y no llore, Don Laguna,  
No me lo castigue Dios:  
Si no comparemolós  
Mis tientos con su chapiao,  
Y así en limpio habrá quedao,  
El más pobre de los dos.

-¡Vean si es escarbador  
Este Pollo! ¡Virgen mía!  
Si es pura chafalonía...  
-¡Eso sí, siempre pintor!  
-Se la gané a un jugador  
Que vino a echarla de güeno.  
Primero le gané el freno  
Con riendas y cabezadas,  
Y en otras cuantas jugadas  
Perdió el hombre hasta lo ajeno.

¿Y sabe lo que decía  
Cuando se vía en la mala?  
El que me ha pelao la chala

Debe tener brujería.  
A la cuenta se creería  
Que el Diablo y yo...  
¡Callesé!  
¿Amigo, no sabe usted  
Que la otra noche lo he visto  
Al demonio?  
-¡Jesucristo!  
-Hace bien, santigüesé,  
-¡Pues no me he de santiguar!

Con esas cosas no juego;  
Pero no importa, le ruego  
Que me dentre a relatar  
El cómo llegó a topar  
Con el malo. ¡Virgen santa!  
Sólo el pensarlo me espanta...  
-Güeno, le voy a contar  
Pero antes voy a buscar  
Con qué mojar la garganta.

El Pollo se levantó  
Y se jué en su colorao,  
Y en el overo rosao  
Laguna al agua dentró.  
Todo el baño que le dió  
Jué dentrada por salida  
Y a la tosca consabida  
Don Laguna se volvió  
Ande a Don Pollo lo halló  
Con un frasco de bebida.

-Larguesé al suelo, cuñao  
Y vaya haciéndose cargo,  
Que puede ser más que largo  
El cuento que le he ofertao.  
Desmanée el colorao,  
Desate su maniador,  
Y en ancas, haga el favor  
De acollararlos...  
-Al grito:  
¿Es manso el coloradito?  
-¡Ese es un trebo de olor!

-Ya están acollaraditos...  
-Dele un beso a esa giñebra:

Yo le hice sonar de una hebra  
Lo menos diez golgoritos...  
-Pero esos son muy poquitos  
Para un criollo como ustedé,  
Capaz de prenderselé  
A una pipa de lejía...  
-Hubo un tiempo en que solía...  
-Vaya, amigo, larguesé.

2

-Como a eso de la oración  
Aura cuatro o cinco noches,  
Vide una fila de coches  
Contra el tiatro de Colón.

La gente en el corredor,  
como hacienda amontonada,  
Pujaba desesperada  
Por llegar al mostrador.

Allí a juerza de sudar,  
Y a punta de hombro y de codo,  
Hice, amigaso, de modo  
Que al fin me pude arrimar.  
Cuando compré mi entrada  
Y di güelta... ¡Cristo mío!  
Estaba pior el gentío  
Que una mar alborotada.

Era a causa de una vieja  
Que le había dao el mal...  
-Y si es chico ese corral,  
¿ A qué encierran tanta oveja?  
-Ahí verá: -por fin, cuñado,  
A juerza de arrempujón,  
Salí como mancarrón  
Que lo sueltan trasijao.

Mis botas nuevas quedaron  
Lo propio que picadillo,  
Y el fleco del calzoncillo  
Hilo a hilo me sacaron.

Y para colmo, cuñado

De toda esta desventura,  
El puñal, de la cintura,  
Me lo habían refalao.

-Algún gringo como luz  
Para la uña, ha de haber sido.  
-¡Y no haberlo yo sentido!  
En fin, ya le hice la cruz.

Medio cansao y tristón  
Por la pérdida, dentré  
Y una escalera trepé  
Con ciento y un escalón.

Llegué a un alto finalmente,  
Ande va la paisanada,  
Que era la última camada  
En la estiba de la gente.

Ni bien me había sentao,  
Rompió de golpe la banda,  
Que detrás de una baranda  
La habían acomodao.

Y ya tamién se corrió  
Un lienzo grande, de modo  
Que a dentrar con flete y todo  
Me aventa, creameló.

Atrás de aquel cortinao  
Un Dotor apareció,  
Que asigún oí decir yo,  
Era un tal Fausto mentao.

-¿Dotor dice? Coronel  
De la otra banda, amigaso;  
Lo conozco a ese criollaso  
Porque he servido con él.

-Yo tamién lo conocí  
Pero el pobre ya murió.  
¡Bastantes veces montó  
Un zaino que yo le di!

Dejeló al que está en el cielo  
Que es otro Fausto el que digo,

Pues bien puede haber, amigo,  
Dos burros del mismo pelo.

-No he visto gaucho más quiebra,  
Para retrucar ¡ahijuna!...  
Dejemé hacer, Don Laguna,  
Dos gárgaras de giñebra.

Pues como le iba diciendo,  
El Doctor apareció,  
Y en público se quejó  
De que andaba padeciendo.

Dijo que nada podía  
Con la cencia que estudió,  
Que él a una rubia quería,  
Pero que a él la rubia no.

Que al ñudo la pastoriaba  
Dende el nacer de la aurora,  
Pues de noche y a toda hora  
Siempre tras de ella lloraba.  
Que de mañana a ordeñar  
Salía muy currutaca,  
Que él le maniaba la vaca,  
Pero pare de contar.

Que cansado de sufrir,  
Y cansado de llorar,  
Al fin se iba a envenenar  
Porque eso no era vivir.

El hombre allí renegó,  
Tiró contra el suelo el gorro,  
Y, por fin, en su socorro  
Al mismo Diablo llamó.

¡Nunca lo hubiera llamao!  
¡Viera sustaso, por Cristo!  
¡Ahí mesmo jediendo a misto,  
Se apareció el condenao

Hace bien: persinesé  
Que lo mesmito hice yo.  
-¿Y cómo no disparó?  
-Yo mesmo no sé porqué.



¡Viera al Diablo! Uñas de gato,  
Flacón, un sable largote,  
Gorro con pluma, capote  
Y una barba de chivato.

Medias hasta la berija,  
Con cada ojo como un charco,  
Y cada ceja era un arco  
Para correr la sortija.

«Aquí estoy a su mandao,  
Cuenta con un servidor»,  
Le dijo el Diablo al Dotor,  
Que estaba medio asonsao.

«Mi Dotor, no se me asuste  
Que yo lo vengo a servir.  
Pida lo que ha de pedir  
Y ordenemé lo que guste».

El Dotor, medio asustao,  
Le contestó que se juese...  
-Hizo bien: ¿ no le parece?  
-Dejuramente, cuñao.

Pero el Diablo comenzó  
A alegar gastos de viaje  
Y a medio darle coraje  
Hasta que lo engatusó.

-¿No era un Dotor muy projundo?  
¿Cómo se dejó engañar?  
-Mandinga es capaz de dar  
Diez güetas a medio mundo.

El Diablo volvió a decir:  
«Mi dotor, no se me asuste,  
Ordenemé en lo que guste,  
Pida lo que ha de pedir.»

Si quiere plata, tendrá:  
Mi bolsa siempre está llena,  
Y más rico que Anchorena,  
Con decir quiero, será.

No es por la plata que lloro,

Don Fausto le contestó:  
Otra cosa quiero yo  
Mil veces mejor que el oro.

«Yo todo lo puedo dar,  
Retrucó el Ray del Infierno,  
Diga: -¿quiere ser Gobierno?  
Pues no tiene más que hablar».

-No quiero plata ni mando,  
Dijo Don Fausto, yo quiero  
El corazón todo entero  
De quien me tiene penando.

No bien esto el Diablo oyó,  
Soltó una risa tan fiera,  
Que toda la noche entera  
En mis orejas sonó.

Dio en el suelo una patada,  
Una paré se partió,  
Y el Dotor, fulo, miró  
A su prenda idolatrada.

-¡Canejo!... ¿será verdá?  
¿Sabe que se me hace cuento?  
-No crea que yo le miento:  
Lo ha visto media ciudá.

¡Ah, Don Laguna! ¡si viera  
Qué rubia!... Creameló:  
Creí que estaba viendo yo  
Alguna virgen de cera.

Vestido azul, medio alzo,  
Se apareció la muchacha:  
Pelo de oro, como hilacha  
De choclo recién cortao.

Blanca como una cuajada,  
Y celeste la pollera,  
Don Laguna, si aquello era  
Mirar a la Inmaculada.

Era cada ojo un lucero,  
Sus dientes, perlas del mar,

Y un clavel al reventar  
Era su boca, aparcero.

Ya enderezó como loco  
El Dotor cuando la vió,  
Pero el Diablo lo atajó  
Diciendolé: -«Poco a poco:

Si quiere, hagamos un pato;  
Usté su alma me ha de dar  
Y en todo lo he de ayudar.  
¿Le parece bien el trato?»

Como el Dotor consintió,  
El Diablo sacó un papel  
Y lo hizo firmar en él  
Cuanto la gana le dió.

-¡Dotor, y hacer ese trato!  
-¿Qué quiere hacerle, cuñao  
Si se topó ese abogao  
Con la horma de su zapato?

Ha de saber que el Dotor  
Era dentrao en edá,  
Asma es que estaba ya  
Bichoco para el amor.

Por eso, al dir a entregar  
La contrata consabida,  
Dijo:-« ¿Habrà alguna bebida  
Que me pueda remozar?»

Yo no sé qué brujería,  
Misto, mágica o polvito  
Le echó el Diablo y... ¡ Dios bendito!  
¡Quién demonios lo creería!

Por eso, al dir a entregar  
La contrata consabida,  
Dijo:-« ¿Habrà alguna bebida  
Que me pueda remozar?»

Yo no sé qué brujería,  
Misto, mágica o polvito  
Le echó el Diablo y... ¡ Dios bendito!

¡Quién demonios lo creería!

-¿Qué dice?... ¡barbaridá!...  
¡Cristo padre!... ¿Será cierto?  
-Mire: que me caiga muerto  
Si no es la pura verdá.

El Diablo entonces mandó  
A la rubia que se juese  
Y que la paré se uniese,  
Y la cortina cayó.

A juerza de tanto hablar  
Se me ha seco el garguero:  
Pase el frasco, compañero.  
-¡Pues no se lo he de pasar!

3

-Vea los pingos...  
-¡Ah, hijitos!  
Son dos fletes soberanos.  
-¡Como si fueran hermanos  
Bebiendo la agua juntitos!

¿Sabe que es linda la mar?  
-¡La viera de mañanita  
Cuando a gatas la puntita  
Del sol comienza a asomar!

Usté ve venir a esa hora,  
Roncando la marejada,  
Y ve la espuma encrespada  
Los colores de la aurora.

A veces con viento en la anca,  
Y con la vela al solsito,  
Se ve cruzar un barquito  
Como una paloma blanca.

Otras, usté ve, patente,  
Venir boyando un islote,  
Y es que trai a un camalote  
Cabrestiendo la corriente.

Y con un campo quebrao,  
Bien se puede comparar,  
Cuando el lomo empieza a hinchar  
El río medio alterao.

Las olas chicas, cansadas,  
A la playa a gatas vienen,  
Y allí en lamber se entretienen

Las arenitas labradas.  
Es lindo ver en los ratos  
En que la mar ha bajao,  
Cair volando al displayao  
Gaviotas, garzas y patos.

Y en las toscas, es divino,  
Mirar las olas quebrarse,  
Como al fin viene a estrellarse  
El hombre con su destino.

Y no sé qué da el mirar  
Cuando barrosa y bramando,  
Sierras de agua viene alzando  
Embravecida la mar.

Parece que el Dios del cielo  
Se amostrase retobao,  
Al mirar tanto pecao  
Como se ve en este suelo.

Y es cosa de bendecir,  
Cuando el Señor la serena,  
Sobre ancha cama de arena  
Obligándola a dormir.

Y es muy lindo ver nadando  
A flor de agua algún pescao:  
Van, como plata, cuñao,  
Las escamas relumbrando.

-¡Ah, Pollo! Ya comenzó  
A meniar taba: ¿y el caso?  
-Dice muy bien amigazo:  
Seguiré contandoló.

El lienzo otra vez alzaron

Y apareció un bodegón,  
Ande se armó una reunión  
En que algunos se mamaron.

Un don Valentín, velay,  
Se hallaba allí en la ocasión,  
Capitán muy guapetón  
Que iba a dir al Paraguay.

Era hermano, el ya nombrao,  
De la rubia y conversaba  
Con otro mozo que andaba  
Viendo de hacerlo cuñado.

Don Silverio o cosa así,  
Se llamaba este individuo,  
Que me pareció medio ido  
O sonso cuanto lo vi.

Don Valentín le pedía  
Que a la rubia la sirviera  
En su ausencia...  
-¡Pues, sonsera!  
¡El otro qué más quería!

-El Capitán con su vaso,  
A los presentes brindó,  
Y en esto se apareció  
De nuevo el Diablo, amigaso.

Dijo que si lo almitían  
Tamién echaría un trago,  
Que era por no ser del pago

Que allí no lo conocían.  
Dentrando en conversación  
Dijo el Diablo que era brujo:  
Pidió un ajenjo, y lo trujo  
El mozo del bodegón.

No tomo bebida sola,  
Dijo el Diablo; se subió  
A un banco y vi que le echó  
Agua de una cuarterola.

Como un tiro de jusil

Entre la copa sonó,  
Y a echar llamas comenzó  
Como si fuera un candil.

Todo el mundo reculó.  
Pero el Diablo sin turbarse  
Les dijo: -No hay que asustarse,  
Y la copa se empinó.

-¡Qué buche! ¡Dios soberano!  
-Por no parecer morao  
El capitán jué, cuñao,  
Y le dio al Diablo la mano.

Satanás le registró  
Los dedos con grande afán  
Y le dijo: -Capitán,  
Pronto muere, crealó.

El Capitán, retobao,  
Peló la lata, y Luzbel  
No quiso ser menos que él  
Y peló un amojosao.

Antes de cruzar su acero,  
El Diablo el suelo rayó:  
¡Viera el juego que salió!  
-¡Qué sable para yesquero!

-¿Qué dice? ¡Había de oler  
El jedor que iba largando  
Mientras estaba chispiando  
El sable de Lucifer!

No bien a tocarse van  
Las hojas, creameló,  
La mitá al suelo cayó,  
Del sable del Capitán.

«¡Este es el Diablo en figura  
De hombre!», el Capitán gritó  
Y al grito le presentó  
La cruz de la empuñadura.

¡Viera al Diablo retorcerse  
Como culebra, aparzero!

-¡Oiganlé!...  
-Mordió el acero  
Y comenzó a estremecerse.

Los otros se aprovecharon  
Y se apretaron el gorro:  
Sin duda a pedir socorro  
O a dar parte dispararon.

En esto don Fausto entró  
Y conforme al Diablo vido,  
Le dijo: -¿Qué ha sucedido?  
Pero él se desentendió.

El Dotor volvió a clamar  
Por su rubia, y Lucifer,  
Valido de su poder,  
Se la volvió a presentar.

Pues que golpeando en el suelo.  
En un baile apareció  
Y don Fausto le pidió  
Que lo acompañase a un cielo.

No hubo forma que bailara:  
La rubia se encaprichó;  
De balde el Dotor clamó  
Por que no lo desairara.

Cansao ya de redetirse  
Le contó al Demonio el caso;  
Pero él le dijo: «Amigaso,  
No tiene porqué afligirse:

Si en el beile no ha alcanzao  
El poderla arrocinar,  
Deje, le hemos de buscar  
La güelta por otro lao.

Y mañana, a más tardar,  
Gozará de sus amores.  
Que otras mil veces mejores  
Las he visto cabrestiar.»

¡Balsa general! gritó  
El bastonero mamao;



Pero en esto el cortinao  
Por segundo vez cayó.

Armemos un cigarrillo  
Si le parece...  
-¡Pues no!  
-Tome el naco, piqueló,  
Usté tiene mi cuchillo.

4

Ya se me quiere cansar  
El flete de mi relato...  
-Priendalé guasca otro rato:  
Recién comienza a sudar.

-No se apure: aguardesé:  
¿Cómo anda el frasco?...  
-Tuavía  
Hay con que hacer medio día:  
Ahí lo tiene, prendalé.

-¿Sabe que este giñebrón  
No es para beberlo solo?  
Si alvierto, traigo un chicholo  
O un cacho de salchichón.

-Vaya, no le ande aflojando,  
Dele trago y domeló,  
Que a reiz de las carnes yo  
Me lo estoy acomodando.

-¿Qué tuavía no ha almorzao?  
-Ando en ayunas, don Pollo:  
Porque, ¿a qué contar un bollo  
Y un cimarrón aguachao?

Tenía hecha la intención  
De ir a la fonda de un gringo  
Después de bañar el pingo.  
-Pues vámonos del tirón.

-Aunque ando medio delgao  
Don Pollo, no le permito  
Que me merme ni un chiquito

Del cuento que ha comenzao.

-Pues entonces allá va:  
Otra vez el lienzo alzarón  
Y hasta mis ojos dudaron  
Lo que vi... ¡barbaridá!

¡Qué quinta! ¡Virgen bendita!  
¡Viera, amigaso, el jardín!  
Allí se vía el jazmín,  
El clavel, la margarita,

El toronjil, la retama,  
Y hasta estuatas, compañero,  
Al lao de ésa, era un chiquero  
La quinta de don Lezama.

Entre tanta maravilla  
Que allí había y medio a un lao  
Habían edificado  
Una preciosa casilla.

Allí la rubia vivía  
Entre las flores como ella,  
Allí brillaba esa estrella  
Que el pobre Dotor seguía.

Y digo pobre Dotor,  
Porque pienso, Don Laguna,  
Que no hay desgracia ninguna  
Como un desdichao amor.

-Puede ser; pero, amigaso,  
Yo en las cuartas no me enriedo,  
Y en un lance en que no puedo,  
Hago de mi alma un cedaso.

Por hembras yo no me pierdo:  
La que me empaca su amor  
Pasa por el cernidor  
Y... si te vi, no me acuerdo.

Lo demás, es calentarse  
El mate al divino ñudo...  
-¡Feliz quien tenga ese escudo  
Con qué poder rejuardarse!

Pero usted habla, don Laguna,  
Como un hombre que ha vivido  
Sin haber nunca querido  
Con alma y vida a ninguna.

Cuando un verdadero amor  
Se estrella en un alma ingrata,  
Más vale el fierro que mata,  
Que el fuego devorador,

Siempre ese amor lo persigue  
Adonde quiera que va:  
Es una fatalidad  
Que a todas partes lo sigue.

Si usted en su rancho se queda,  
O si sale para un viaje,  
Es de balde: no hay parage  
Ande olvidarla usted pueda.

Cuando duerme todo el mundo,  
Usted, sobre su recajo,  
Se da vuelta, desvelao,  
Pensando en su amor profundo.

Y si el viento hace sonar  
Su pobre techo de paja,  
Cree usted que es ella que baja  
Sus lágrimas a secar.

Y si en alguna lomada  
Tiene que dormir al raso,  
Pensando en ella, amigaso,  
Lo hallará la madrugada.

Allí acostao sobre abrojos,  
Y entre cardos, Don Laguna,  
Verá su cara en la luna,  
Y en las estrellas sus ojos.

¿Qué habrá que no le recuerde  
Al bien de su alma querido,  
Si hasta cree ver su vestido  
En la nube que se pierde?

Asina sufre en la ausencia

Quien sin ser querido quiere:  
Aura verá cómo muere  
De su prenda en la presencia.

Si en frente de esa deidad  
En alguna parte se halla,  
Es otra nueva batalla  
Que el pobre corazón da.

Si con la luz de sus ojos  
Le alumbra la triste frente,  
Usted, Don Laguna, siente  
El corazón entre abrojos.

Su sangre comienza alzarse  
A la cabeza en tropel,  
Y cree que quiere esa cruel  
En su amargura gozarse.

Y si la ingrata le niega  
Esa ligera mirada,  
Queda su alma abandonada  
Entre el dolor que la aniega.

Y usted, firme en su pasión...  
Y van los tiempos pasando.  
Un hondo surco dejando  
En su infeliz corazón.

-Güeno, amigo, así será,  
Pero me ha sentao el cuento.  
-¡Qué quiere! Es un sentimiento...  
Tiene razón, allá va:

Pues, señor, con gran misterio,  
Traíndo en la mano una cinta,  
Se apareció entre la quinta  
El sonso de don Silverio.

Sin duda alguna saltó  
Las dos zanjas de la güerta,  
Pues esa noche su puerta  
La misma rubia cerró.

Rastriándolo se vinieron  
El Demonio y el Doctor

Y tras dos árbol mayor  
A aguaitarlo se escondieron.

Con las flores de la güerta  
Y la cinta, un ramo armó  
Don Silverio, y lo dejó  
Sobre el umbral de la puerta.

-¡Que no cairle una centella!  
-¿A quién? ¿Al sonso?  
-¡Pues digo!...  
¡Venir a osequiarla, amigo,  
Con las mismas flores de ella.

-Ni bien acomodó el guacho  
Ya rumbió...  
-¡Miren qué hazaña!  
Eso es ser más que lagaña  
Y hasta da rabia, caracho!

-El Diablo entonces salió  
Con el Dotor y le dijo  
«Esta vez priende de fijo  
La vacuna, crealó.

Y el capote haciendo a un lao,  
desenvainó allí un baulito  
Y jué y lo puso juntito  
Al ramo del abombao.

-No me hable de ese mulita:  
¡Que apunte para una banca!  
¿ A que era mágica blanca  
Lo que trujo en la cajita?

-Era algo más eficaz  
Para las hembras, cuñao,  
Verá si las ha calao  
De lo lindo Satanás.

Tras del árbol se escondieron  
Ni bien cargaron la mina,  
Y más que nunca, divina,  
Venir a la rubia vieron.

La pobre, sin alvertir,

En un banco se sentó,  
Y un par de medias sacó  
Y las comenzó a surcir.

Cinco minutos, por junto,  
En las medias trabajó,  
Por lo que carculo yo  
Que tendrían solo un punto.

Dentró a espulgar a un rosal,  
Por la hormiga consumido.  
Y entonces jué cuando vido  
Caja y ramo en el umbral.

Al ramo no le hizo caso,  
Enderezó a la cajita,  
Y sacó... ¡Virgen bendita!  
¡ Viera qué cosa, amigaso!

¡Qué anillo, que prendedor!  
¡Qué rosetas soberanas!  
¡Qué collar! ¡Qué carabanas!  
-¡Vea el Diablo tentador!

-¿No le dije, don Laguna?  
La rubia allí se colgó  
Las prendas, y aparecio  
Más platiada que la luna.

En la caja, Lucifer  
Había puesto un espejo...  
-¿Sabe que el Diablo, canejo,  
La conoce a la mujer?

-Cuando la rubia gastaba  
Tanto mirarse la luna,  
Se apareció, don Laguna,  
La vieja que la cuidaba.

¡Viera la cara, cuñao,  
De la vieja al ver brillar  
Como reliquias de altar  
Las prendas del condenao!

«¡Diaónde este lujo sacás!»  
La vieja, fula, decía,

Cuando gritó: -«¡Avemaría!»  
En la puerta, Satanás.

-«¡Sin pecao! ¡Dentre, señor!»  
-«¿No hay perros?/»: - «¡Ya los  
[ataron!»  
Y ya también se colaron  
El Demonio y el Dotor.

El Diablo allí comenzó  
A enamorar a la vieja  
Y el dotorcito a la oreja  
De la rubia se pegó.

-¡Vea al Diablo haciendo gancho!  
-El caso jué que logró  
Reducirla y la llevó  
A que le amostrase un chancho.

-¿Por supuesto, el Dotorcito  
Se quedó allí mano a mano?  
-Dejuro, ya verá, hermano,  
La liendre que era el mocito.

Corcobió la rubiecita  
Pero al fin se sosegó,  
Cuando el Dotor le contó  
Que él era el de la cajita.

Asigún lo que presumo,  
La rubia aflojaba laso,  
Porque el Dotor, amigaso,  
Se le quería ir al humo.

La rubia lo malició  
Y por entre las macetas  
Le hizo unas cuantas gambetas  
Y la casilla ganó.

El Diablo tras de un rosal,  
Sin la vieja apareció..  
-¡A la cuenta la largó  
Jediendo entre algún maizal!

-La rubia, en vez de acostarse  
Se lo pasó en la ventana,

Y allí aguardó la mañana  
Sin pensar en desnudarse.

Ya la luna se escondía  
Y el lucero se apagaba,  
Y ya también comenzaba  
A venir clariando el día.

¿No ha visto usted de un yesquero  
Loca una chispa salir,  
Como dos varas seguir  
Y de ahí perderse, aparcerero?

Pues de ese modo cuñao,  
Caminaban las estrellas  
A morir, sin quedar de ellas  
Ni un triste rastro borrao.

De los campos el aliento  
Como sahumerio venía,  
Y alegre ya se ponía  
El ganao en movimiento.

En los verdes arbolitos,  
Gotas de cristal brillaban,  
Y al suelo se descolgaban  
Cantando los pajaritos

Y era, amigaso, un contento  
Ver los junquillos doblarse  
Y los claveles cimbrarse  
Al soplo del manso viento.

Y al tiempo de reventar  
El botón de alguna rosa,  
Venir una mariposa  
Y comenzarle a chupar.

Y si se pudiera al cielo  
Con un pingo comparar.  
Tamién podría afirmar  
Que estaba mudando pelo.

-¡No sea bárbaro canejo!  
¡Qué comparancia tan fiera!  
-No hay tal: pues de zaino que era



Se iba poniendo azulejo.

¿Cuando ha dao un madrugón  
No ha visto usté, embelesao,  
Ponerse blanco-azulao  
El más negro ñubarrón?

-Dice bien, pero su caso  
Se ha hecho medio empacador...  
-Aura viene lo mejor,  
Pare la oreja, amigaso.

El Diablo dentró a retar  
Al Dotor, y entre el responso,  
Le dijo: «¿Sabe que es sonso?  
¿Pa qué la dejó escapar?»

«Ahí la tiene en la ventana:  
Por suerte no tiene reja,  
Y antes que venga la vieja  
Aproveche la mañana».

Don Fausto ya atropelló  
Diciendo -«¡Basta de ardiles!»  
La cazó de los cuadriles  
Y ella... ¡también lo abrazó!

-¡Oiganlé a la dura!  
-En esto  
Bajaron el cortinao:  
Alcance el frasco, cuñao.  
-A gatas le queda un resto.

5

-Al rato el lienzo subió  
Y deshecha y lagrimiendo,  
Contra una máquina hilando,  
La rubia se apareció.

La pobre dentró a  
Tan amargamente allí,  
Que yo a mis ojos sentí  
Dos lágrimas asomarse

- ¡ Qué vergüenza!  
-Puede ser:  
Pero, amigaso, confiese  
Que a usté tamién lo enternece  
El llanto de una mujer.

Cuando a usté un hombre lo ofiende,  
Ya sin mirar para atrás,  
Pela el flamenco y ¡sas! ¡tras!  
Dos puñaladas le priende.

Y cuando la autoridá  
La partida le ha soltao,  
Usté en su overo rosao  
Bebiendo los vientos va.

Naidas de usté se despega  
Porque se haiga desgraciao,  
Y es muy bien agasajao  
En cualquier rancho a que llega.

Si es hombre trabajador  
Ande quiera gana el pan:  
Para eso con usté van  
Bolas, lazo y maniador.

Pasa el tiempo, vuelve al pago  
Y cuanto más larga ha sido  
Su ausencia, usté es recibido  
Con más gusto y más halago.  
Engaña usté a una infeliz,  
Y para mayor vergüenza,  
Va y le cerdea la trenza,  
Antes de hacerse perdiz.

La ata, si le da la gana  
En la cola de su overo  
Y le amuestra al mundo entero  
La trenza de ña Julana.

Si ella tuviese un hermano,  
Y en su rancho miserable  
Hubiera colgao un sable,  
Juera otra cosa, paisano.

Pero sola y despreciada

En el mundo, ¿ qué ha de hacer?  
¿A quién la cara volver?  
¿Ande llevar la pisada?

Soltar al aire su queja  
Será su solo consuelo,  
Y empapar con llanto el pelo  
Del hijo que usted le deja.  
Pues ese dolor projundo  
A la rubia la secaba  
Y por eso se quejaba  
Delante de todo el mundo.

Aura, confiese, cuñado,  
Que el corazón más calludo  
Y el gaucho más entrañado  
Allí habría lagrimiao.  
¿Sabe que me ha sucedido  
De lo lindo el corazón?  
Vea, si no, el lagrimón  
Que al oirlo se me ha salido!  
-¡Oirganlé!

-Me ha redotao.  
¡No guarde rencor, amigo!  
-Si es en broma que le digo...  
-Siga su cuento, cuñado.

-La rubia se arrebozó  
Con un pañuelo ceniza,  
Diciendo que se iba a misa  
Y puerta ajuera salió.

Y crea usted lo que guste  
Porque es cosa de dudar...  
¡Quién había de esperar  
Tan grande desbarajuste!

Todo el mundo estaba ageno  
De lo que allí iba a pasar,  
Cuando el Diablo hizo sonar  
Como un pito de sereno.

Una iglesia apareció  
En menos que canta un gallo.  
-¡Vea si dentra a caballo!

-¡Me larga, creameló!

Creo que estaban alzando  
En una misa cantada,  
Cuando aquella desgraciada  
Llegó a la puerta llorando.

Allí la pobre cayó  
De rodillas sobre el suelo,  
Alzó los ojos al cielo  
Y cuatro credos rezó.

Nunca he sentido más pena  
Que al mirar a esa mujer:  
Amigo: aquello era ver  
A la mesma Magalena.

De aquella rubia rosada  
Ni rastro había quedao:  
Era un clavel marchitao,  
Una rosa deshojada.

Su frente que antes brilló  
Tranquila como la luna,  
Era un cristal, don Laguna,  
Que la desgracia enturbió.

Ya de sus ojos hundidos  
Las lágrimas se secaban  
Y entre-temblando rezaban  
Sus labios descoloridos.

Pero el Diablo la uña afila,  
Cuando está desocupao,  
Y allí estaba el condenao  
A una vara de la pila.  
La rubia quiso dentrar,  
Pero el Diablo la atajó,  
Y tales cosas le habló  
Que la obligó a disparar.

Cuasi le da el accidente  
Cuando a su casa llegaba:  
La suerte que le quedaba  
En la vedera de enfrente.

Al rato el Diablo dentró  
Con don Fausto muy del brazo  
Y una guitarra, amigaso,  
Ahí mesmo desenvainó.

-¿Qué me dice, amigo Pollo?  
-Como lo oye, compañero;  
El Diablo es tan guitarrero  
Como el paisano más criollo.

El sol ya se iba poniendo,  
La claridá se ahuyentaba  
Y la noche se acercaba  
Su negro poncho tendiendo.

Ya las estrellas brillantes  
Una por una salían,  
Y los montes parecían  
Batallones de gigantes.

Ya las ovejas balaban  
En el corral prisioneras,  
Y ya las aves caseras  
Sobre el alero ganaban.

El toque de la oración  
triste los aires rompía  
Y entre sombras se movía  
El crespo sauce llorón.

Ya sobre el agua estancada  
De silenciosa laguna,  
Al asomarse, la luna,  
Se miraba retratada.

Y haciendo un estraño ruido  
En las hojas trompezaban  
Los pájaros que volaban  
A guarecerse en su nido.  
Ya del sereno brillando  
La hoja de la higuera estaba,  
Y la lechuza pasaba  
De trecho en trecho chillando.

La pobre rubia, sin duda,  
En llanto se deshacía,

Y rezando a Dios pedía  
Que le prestase su ayuda.

Yo presumo que el Doctor,  
Hostigao por Satanás,  
Quería otras hojas más  
De la desdichada flor.

A la ventana se arrima  
Y le dice el condenao:  
«Dele no más sin cuidao  
Aunque reviente la prima».

El diablo a gatas tocó  
Las clavijas, y al momento,  
Como un arpa, el istrumento  
De tan bien templao sonó.

-Tal vez lo traiba templao  
Por echarla de baquiano...  
-Todo puede ser, hermano,  
Pero ¡oyese al condenao!

Al principio se florió  
Con un lindo bordoneo  
Y en ancas de aquel floreo  
Una décima cantó.

No bien llegaba al final  
De su canto, el condenao,  
Cuando el Capitán, armao  
Se apareció en el umbral.

-Pues yo en campaña lo hacía...  
-Daba la casualidá  
Que llegaba a la ciudá  
En comisión, ese día.  
-Por supuesto, hubo fandango...  
-La lata ahí no más peló  
Y al infierno le aventó  
De un cintarazo el changango.

-¡Lindo el mozo!  
-¡Pobrecito!  
-¿Lo mataron?  
-Ya verá:

Peló un corbo el Dotorcito  
Y el Diablo... ¡barbaridá!

Desenvainó una espadita  
Como un viento; lo embasó  
Y allí no más ya cayó  
El pobre...  
-¡Anima bendita!

-A la trifulca y al ruido  
En montón la gente vino...  
-¿Y el Dotor y el asesino?  
-Se habían escabullido.

La rubia tamién bajó  
Y viera aflicción, paisano,  
Cuando el cuerpo de su hermano  
Baño en sangre miró.

A gatas medio alcanzaron  
A darse una despedida,  
Porque en el cielo, sin vida,  
Sus dos ojos se clavaron.

Bajaron el cortinao,  
De lo que yo me alegré:  
-Tome el frasco, prendalé.  
-Sírvase no más, cuñao.

6

-¡Pobre rubia! Vea ustedé  
Cuánto ha venido a sufrir:  
Se le podía decir:  
¡Quién te vido y quién te ve!

-Ansí es el mundo, amigaso:  
Nada dura, don Laguna,  
Hoy nos ríe la fortuna.  
Mañana nos da un guascaso.

Las hembras en mi opinión  
Train un destino más fiero  
Y si quiere, compañero,  
Le haré una comparación.

Nace una flor en el suelo,  
Una delicia es cada hoja,  
Y hasta el rocío la moja  
Como un bautismo del cielo.

Allí está ufana la flor,  
Linda, fresca y olorosa:  
A ella va la mariposa,  
A ella vuela el picaflor.

Hasta el viento pasajero  
Se prenda al verla tan bella,  
Y no pasa por sobre ella  
Sin darle un beso prinicro.

¡Lástima causa esa flor  
Al verla tan consentida!  
Cree que es tan larga su vida  
Como fragante su olor.

Nunca vio el rayo que raja  
A la renegrada nube,  
Ni ve al gusano que sube,  
Ni al fuego del sol que baja.

Ningún temor en el seno  
De la pobrecita cabe,  
Pues que se hamaca, no sabe,  
Entre el fuego y el veneno.

Sus tiernas hojas despliega  
Sin la menor desconfianza,  
Y el gusano ya la alcanza...  
Y el sol de las doce llega...

Se va el sol abrasador,  
Pasa a otra planta el gusano  
Y la tarde encuentra, hermano,  
El cadáver de la flor.

Piense en la rubia, cuñao,  
Cuando entre flores vivía  
Y diga si presumía  
Destino tan desgraciao.

Usté que es alcanzador



Afijesé en su memoria  
Y diga: ¿es igual la historia  
De la rubia y de la flor?

-Se me hace tan parecida  
Que ya más no puede ser.  
-Y hay más: le falta que ver  
A la rubia en la crujida

-¿Qué me cuenta? ¡Desdichada!  
-Por última vez se alzó  
El lienzo y aparecio  
En la cárcel encerrada.

-¿Sabe que yo no colijo  
El por qué de la prisión?  
-Tanto penar, la razón  
Se le jué y mató al hijo.  
Ya la habían sentenciao  
A muerte, a la pobrecita,  
Y en una negra camita  
Dormía un sueño alterao.

Y a redoblaba el tambor,  
Y el cuadro ajuera formaban  
Cuando al calabozo entraban  
El Demonio y el Dotor.

-¡Veanló al Diablo si larga  
Sus presas así no más!  
¿A qué anduvo Satanás  
Hasta oír sonar la descarga?

-Esta vez se le chingó  
El cuete y ya lo verá..  
-Priendalé al cuento, que ya  
No lo vuelvo a atajar yo.  
-Al entrar hicieron ruido  
Creo que con los cerrojos:  
Abrió la rubia los ojos  
Y allí contra ella los vido.

La infeliz ya trastornada  
A causa de tanta herida,  
Se encontraba en la crujida  
Sin darse cuenta de nada.

Al ver venir al Dotor  
Ya comenzó a disvariar,  
Y hasta le quiso cantar  
Unas décimas de amor.

La pobrecita soñaba  
Con sus antiguos amores,  
Y creía mirar sus flores  
En los fierros que miraba.  
Ella creía que como antes,  
Al dir a regar su güerta,  
Se encontraría en la puerta  
Una caja con diamantes.

Sin ver que en su situación  
La caja que la esperaba,  
Era la que redoblaba  
Antes de la ejecución.

Redepente se afijó  
En la cara de Luzbel:  
Sin duda al malo vio en él,  
Porque allí muerta cayó.

Don Fausto al ver tal desgracia  
De rodillas cayó al suelo,  
Y entró a pedir al cielo  
La recibiese en su gracia.

Allí el hombre arrepentido  
De tanto mal que había hecho,  
Se daba golpes de pecho  
Y lagrimeaba aflijido.

En dos pedazos se abrió  
La paré de la crujida  
Y no es cosa de esta vida  
Lo que allí se apareció.

Y no crea que es historia:  
Yo vi entre una nubecita,  
La alma de la rubiecita  
Que se subía a la gloria.

San Miguel en la ocasión  
Vino entre nubes bajando

Con su escudo, y revoliando  
Un sable tirabuzón.

Pero el Diablo que miró  
El sable aquel y el escudo,  
Lo mesmito que un peludo  
Bajo la tierra ganó.

Cayó el lienzo finalmente  
Y ahí tiene el cuento contao...  
Prieste el pañuelo, cuñao:  
Me está sudando la frente.

-Lo que almiro es su firmeza  
Al ver esas brujerías.  
-He andao cuatro o cinco días  
Atacao de la cabeza.

-Ya es güeno dir ensillando...  
-Tome ese último traguito  
Y eche el frasco a ese pocito  
Para que quede boyando.

Cuando los dos acabaron  
De ensillar sus parejeros,  
Como güenos compañeros,  
Juntos al trote agarraron:

En una fonda se apiaron  
Y pidieron de cenar:  
Cuando ya iban a acabar,  
Don Laguna sacó un rollo  
Diciendo: -«El gasto del Pollo  
De aquí se lo han de cobrar».